

margen N° 76 - marzo 2015

“Mi hijo, el higiénico” o “Lávese las manos, mijito” -1-

Por Santiago Jove

Santiago Jove. Licenciado en Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires, República Argentina. -2-

Introducción

Estas primeras palabras se desprenden de una entretenida lectura de la novela *Boquitas Pintadas* de Manuel Puig. Lejos de realizar una reseña literaria de su argumento y descripción de los personajes principales, creo que vale la pena tomar de ella la caracterización que el autor hace presente de la Tuberculosis.

Obviamente no es una descripción médica que uno podría encontrar en un análisis clínico, sino que los personajes de la obra dan cuenta de la representación social que padecían los afligidos por esa enfermedad. Es decir que a medida que uno recorre las hojas escritas por este excelente narrador, es posible advertir una concepción determinada sobre estos sujetos que, en palabras de Alfredo Carballeda, se pueden denominar como *sujeto de conocimiento y/o de intervención*. En palabras del autor, “*el Positivismo implicó una Construcción de la Realidad en tanto que construyó sujetos de conocimiento sobre los que en poco tiempo las prácticas comenzarán a intervenir*”. (Carballeda, 2002)

Intervenir desde la medicina, que en el caso de la novela se hace efectiva cuando el personaje que sufre de Tuberculosis recibe atención especializada. Las peripecias del mismo en su estadía en Cosquín y los informes de los doctores a cargo del tratamiento dan cuenta de esta construcción teórica sobre el sujeto a intervenir. Por cierto, siendo ésta una de las tríadas del “modelo de análisis”, me fue posible llegar a los dos restantes: el marco conceptual y la intervención en sí misma. De hecho, esta última se ve con mayor claridad en los capítulos que hablan sobre la hospitalización del personaje enfermo.

Con respecto al marco conceptual, no me resultó muy difícil relacionarlo con algunos de los conceptos principales propios del Positivismo y del Higienismo. Sobre todo, uno en particular. Este componente “ético y moral” que usualmente se les atribuye en ausencia a quienes son afectados para una enfermedad determinada. Y proponer a la intervención no sólo como una cura física, sino también moral; es decir sanar sus falencias morales. En palabras de Ramos Mejía y retomadas por Terán, “*Individuos [...] sin fisonomía moral propia*” (Terán, 1987).

En cierta medida, mi finalidad última mediante esta producción bibliográfica es dar cuenta cómo esa tríada del modelo de análisis puede ser percibida en una obra literaria que no es más un reflejo de una época, de un contexto. Dando a entender de esta manera, como penetran en la sociedad, en la cultura y en el arte, marcos teóricos que dan sentidos a formas de ver el mundo y prácticas profesionales como cotidianas.

Algunas definiciones

Cuando hablo de Positivismo hago referencia a la corriente de pensamiento inaugurada por el padre de la Sociología, Auguste Comte. Sin embargo, lejos de realizar un resumen sobre las bases de este paraguas ideológico arduamente conocido, me resulta de mayor utilidad para mi propia producción bibliográfica y para evitar una lectura tediosa al prójimo, suscribirme a la línea que Carballeda en su séptimo capítulo de “Del desorden de los cuerpos al orden de la sociedad” (2002), sobre todo por su aplicación al caso argentino, siendo éste el contexto en el cual transcurre la novela de Puig. Además, de esta manera me aleja de una descripción más de manual, en el sentido de presentar al Positivismo como la corriente de pensamiento que proponía la búsqueda de los misterios de la naturaleza únicamente bajo las estrictas reglas de un método científico racional (el único conocimiento válido, por cierto). Y de esa manera adoptar una visión más política, como por ejemplo:

“el Positivismo tiene una clara expresión política. La misma se traduce justamente, en la conformación del Estado Moderno, dando nuevos sentidos a las instituciones educativas, sanitarias, jurídicas, militares, etc.” (Carballeda, 2002).

“El Positivismo será en definitiva un instrumento político de las clases dominantes, su aplicación se centrará en la interpretación del pasado, la lectura del presente y una proyección de la Argentina hacia el futuro.” (Carballeda, 2002).

Al mismo tiempo, se me hace presente la idea que el positivismo argentino realizó sobre la sociedad nacional desde su perspectiva. Las ideas, de la raza. De la depuración de la raza, mejor dicho, que estuvo en boca de pensadores de la época como José María Ramos Mejía. Por razones obvias, esta cuestión va a estar directamente relacionada con la inmigración (Carballeda, 2002). Lamentablemente, estos aluviones de población no se correspondían a las que la Generación del Ochenta había soñado. De hecho, el mismo Sarmiento ya había revelado su descontento con su famosa frase: “que chasco nos llevamos con la inmigración”. De esta manera, la sociedad conformada en su mayoría por extranjeros, va a plantear una serie de desafíos a nivel público estatal, que Ramos Mejía propondría resolver mediante la Educación, mientras que Bunge le encargaría la tarea a la Tuberculosis y a las enfermedades venéreas.

De ahí, es mucho más sencillo entender la facilidad con la que se impregnó el discurso higiénico moral en el sentido común, si uno tiene presente el análisis despectivo que los positivistas del país hacían de las masas migratorias. De hecho, Ramos Mejía las tildó de morbosas (Carballeda, 2002).

Por ende, la necesidad de inculcarle una nueva ética por las instituciones públicas que el Estado Moderno argentino estaba construyendo. Escuelas, comisarias y hospitales. Y en este último va a ser el lugar en donde la novela va hacer evidente, según mi punto de vista, todo lo antes dicho.

Boquitas pintadas

En esta excelente novela no solamente se puede disfrutar de un compendio de anécdotas de pueblo chico (infierno grande), sino que además el autor deja entrever la cosmovisión de la época sobre la tuberculosis. De hecho, el protagonista sufre de esta enfermedad. Y lo interesante es ver cómo este personaje y el resto re significa el sentido de este padecer. De por sí, me atrevo a adelantarme a enunciar, que fue posible rastrear ciertas construcciones sociales de la enfermedad. Es decir, por dar un ejemplo, las condiciones sociales de una persona que llevan a contraer la tuberculosis. No obstante, lejos de reducir mi ensayo a esta simple afirmación, creo necesario y

pertinente, ejemplificar con los interesantes párrafos que tuve la fortuna de leer, en donde, según mi parecer, pude encontrar estos tipos de componente socio culturales.

En la edición que poseo, en la Pág. 38, Juan Carlos le dice a Nélide que *“le quieren hacer fama de borrachín”* y que confiesa haber estado un poco “alegre” (es decir, bajo la influencia del alcohol) aquella vez que se encontraron. De inmediato, me hace ruido el componente lujurioso del personaje que sufre de la enfermedad. Creo que existe un punto de conexión con las condiciones de vida del tuberculoso.

En la Pág. 62, Celina (la hermana del protagonista) afirma una relación directa entre la enfermedad de su hermano, una persona de dudosa reputación y condiciones climáticas desfavorables: *“y no se cuidaba, la noche anterior había estado [Juan Carlos] con esa cualquiera [Nélide – novia del protagonista] hasta las tres de la mañana, pescarse una tuberculosis era muy fácil”*. Aquí, las palabras claves son, precisamente, “esa cualquiera”, siendo el equivalente contrario a una señorita de buen ver y de ética intachable. Es decir, que la condición social de escasa moral por parte de esta noviecita sería la causa, según la celosa hermana, de la afección de Juan Carlos.

De hecho, ya casi al final del libro, esta idea vuelve a ser retomada por el autor. En la Pág. 195, Celina afirma que la causa de la enfermedad del hermano fue producto de las condiciones climáticas que Nélide le impuso para que se vean. *“un muchacho débil, resfriado, y ella lo hacía quedar en ese portón horas y horas, hasta la madrugada...”*.

Llamativamente, esta concepción social también la pude encontrar en otro personaje de la novela. En este caso, en otra novia del protagonista. En la Pág. 177, Mabel afirma una relación entre la enfermedad y condiciones de vida de dudosa moral.

Mabel: *“[Juan Carlos] Se pasa la vida buscando mujeres. Lo que yo no me explico es cómo ellas no tienen miedo de contagiarse”*

Nélide: *“y... algunas no sabrán. Como Juan Carlos es tan lindo”*

Mabel: *“Porque son todas unas viciosas”*.

Ya en estas líneas, la relación es más clara. Tratar a esas mujeres de viciosas y a Juan Carlos de mujeriego no me da a entender una favorable descripción de la personalidad del enfermo y del entorno que se mueve.

Paradójicamente, el entorno del enfermo es un tema que tiene lugar propio en esta novela. En términos teóricos, prefiero hacer referencia al concepto de contexto micro social. Mejor dicho, los vínculos sociales cotidianos de los cuales es excluido. El personaje principal es recluido de su trabajo en la Municipalidad, con una licencia sin goce de sueldo, y después es echado del mismo.

Con respecto a su entorno familiar, también es apartado del mismo. Y por decisión de sus familiares cercanos. En tal sentido, el Doctor Juan José Malbrán (Médico Clínico) afirma que le demandan (los seres cercanos a Juan Carlos) tomar cartas en el asunto: *“... que yo debía alejar a Juan Carlos del contacto con los seres queridos...”*. Interesante que la idea del confinamiento del paciente provenga de los familiares en un principio.

Y con la exclusión geográfica que sufre el protagonista, en la tranquila ciudad de Cosquín, puede rastrear varias ideas. Sobre todo, la que tiene que ver con mayor relación a la “Intervención típica”. De donde me sorprendió encontrar un componente moral disciplinario. Por ejemplo, Pág. 90 el mismo doctor antes mencionado describe al paciente como desobediente. *“No sé por qué no*

obedece el tratamiento". Y que en primer lugar se resistía a la consulta.

En la Pág. 94, Juan Carlos describe el componente disciplinario del tratamiento médico en Cosquín. *"Si dejo que me controlen en todo voy listo, porque no te dan sogá para nada, porque entre tantos médicos se hacen un lío en el mate y no se acuerdan si sos enfermo grave o qué, y al final tratan a todos igual para no errarla..."*.

Más adelante comenta: *"y, es que voy a seguir todas las indicaciones de los médicos, que el otro día me anduvieron retando"*

Y en la Pág. 102: *"lo que me va a costar más es no ir al río, a bañarme, porque eso lo supo el médico, y por poco me saca a patadas del consultorio."*

Todas estas palabras relacionadas a los retos, al control y expulsión por indisciplina, me hace acordar al carácter pedagógico que el positivismo predicaba en sus formas de describir cómo proceder en las intervenciones próximas a realizar en la sociedad. Inmediatamente, me acuerdo de la ya citada frase de Ramos Mejía.

Además, estos componentes los pude encontrar con mucha facilidad en el texto de Alfredo Carballada "Génesis del discurso de la acción social y la medicalización de la vida cotidiana" y precisamente el concepto de medicalización de la vida cotidiana. A partir del mismo me resultó más fácil entender ese discurso higienista que atraviesa toda la novela, tanto en el personal médico como en una redactora de un medio gráfico.

En la novela, en la Pág. 41, María Luis Díaz Prado (escritora de la revista que Nélide leía regularmente) describe a la tuberculosis como *"una enfermedad altamente contagiosa"*. Además, enumera una serie de precauciones asépticas para el trato a un tuberculoso. *"Trata de no acercarte mucho y de acostubrarte a palmearlo solamente al encontrarte con él, mientras que al despedirte puedes darle la mano, ya que en seguida tendrás posibilidad de lavarte las manos con jabón y luego empapártelas con alcohol"*. Y en el mismo párrafo, describe un aspecto emocional de los que padecen esa enfermedad, *"pues los afectados por esa enfermedad desarrollan una gran susceptibilidad. No le dejes ver tu compasión. Dado su carácter, es lo que más le heriría"*. Los consejos de cómo preservar la asepsia por parte de Díaz Prado me hacen resonar la siguiente frase de Carballada: *"la medicina dirá cómo deben las casas, qué tipo de mobiliario es conveniente, se hablará de ropas higiénicas, se pautarán las formas de relacionarse y cómo llevar adelante la vida cotidiana, el cuidado de los niños, la forma de trabajar, la enseñanza, el uso del tiempo, la sexualidad"* (Carballada, 1994).

Y estas pautas de relaciones sociales están presentes en las cartas de esta redactora. Ella explica cómo lavarse las manos y cómo mantener distancia del enfermo sin herir sentimientos. Me resulta fascinante como este personaje tiene su discurso tan naturalmente higienizado; o medicalizado, teniendo en cuenta que el juego de palabras se desprende, a saber que el Higienismo es un desprendimiento de la medicina moderna de fines del siglo XIX y principios del XX, pero que también se puede rastrear en los siglos pasado como aclara Carballada (2010).

Y obviamente, estas pautas de relaciones sociales se encuentran en las quejas del protagonista en su reclusión en las cierras de Córdoba, donde se evidencia un disciplinamiento moral por parte de los médicos hacia los enfermos. No creo que sea mera casualidad. De hecho, sostengo que ambas cuestiones cobran relevancia en el marco conceptual que dan sentido al contexto de la época (mediante la revista) y la intervención típica de la clínica en Cosquín. Con esto último quiero decir, que Puig tiene la suficiente suspicacia para demostrar cómo ha penetrado el discurso médico-higienista, tan presente en una revista de interés general como en un sanatorio de reclusión para

tuberculosos.

Además de lo dicho en el párrafo anterior, mientras seguía con mi lectura encontré otras nociones que se relacionan, por cierto, con la línea de este ensayo. Por ejemplo, con respecto a la idea de contagio, existen varios diálogos y monólogos de distintos personajes. Uno de ellos está presente en el monólogo de Mabel mientras imagina su vida al lado de un enfermo de tuberculosis. De hecho, ella teme la transmisión de la tuberculosis por las vías aéreas. *“La promesa de no besarse para evitar el contagio.”* Incluso, hasta el mismo protagonista, en la Pág. 92, asume que el alejamiento adrede de los tuberculosos es para evitar el contagio al resto de la sociedad: *“Dicen que la semana que viene el empezar las vacaciones de julio vienen muchos turistas, pero parece que acá en el pueblo no se queda a dormir ninguno, por miedo al contagio...”*. Métodos de asepsia efectivos si los hay, como el alejamiento total de una persona enferma.

Una visión complementaria

Ahora bien, todas las concepción que había encontrado, por lejos negativas, creía que resumían la caracterización clásica de la tuberculosis. Creencia que se modificó inmediatamente una vez que me puse en contacto con el libro *“Las enfermedades y sus metáforas”* de Susan Sontag. El mismo trata de todas las representaciones correspondientes al cáncer, el SIDA y la tuberculosis. Por razones obvias, mi atención se fijó en la última de ellas. Cuestión llamativa, es que la autora utiliza el mismo tipo de fuente que yo: textos literarios. Vale aclarar no con la misma intensidad, ya que ella realiza una recopilación por más exhaustiva de las novelas y cuentos más relevantes del siglo XIX, en donde se trate el tema de la tuberculosis. En fin, lejos de querer continuar con una comparación que me desfavorece totalmente, al terminar el libro, me di cuenta que esas obras literarias, lo que prima no es la visión negativa del higienismo que uno puede rastrear en gran parte de Boquitas Pintadas. Si no, todo lo contrario, lo que resalta es un componente sumamente romántico y poético de esa enfermedad.

Por ejemplo, la autora afirma (Pág. 83) que *“La Tuberculosis era una enfermedad al servicio de la visión romántica del mundo”*. De hecho, se creía en ese siglo que *“la tuberculosis provenía del exceso de pasión”*. De hecho, la autora en un esfuerzo bibliográfico, afirma que ya en el siglo XVIII esta enfermedad tiene componentes del romanticismo decimonónico: *“la tuberculosis era índice de gentileza, de sensibilidad y delicadeza”*. A tal punto, la literatura exaltaba a esa enfermedad, que la apariencia del tuberculoso se puso de moda: *“era encantador tener aspecto de enfermo”*. Y el extremo de una concepción, creo que se da con el hecho de pretender que la tuberculosis contenía cualidades artísticas. O que propicia al enfermo capacidades creativas

Ahora bien, todo este contraste de concepción totalmente disímiles de una misma enfermedad, me hace preguntar: ¿que pasó en el medio? o mejor reformulado, ¿cuál fue el cambio de visión del mundo que hizo cambiar de una enfermedad de los artísticas y los sensibles, a la de los pobres y los de dudosa moral?

Conclusión

Creo que la respuesta es la misma que Nicolás Rivas retoma de Varela en su texto *“Vivienda, conventillo y tango que me hiciste bien: de la filantropía al higienismo científico. Buenos Aires, 1880 – 1920”*. Así como el Tango se higieniza, creo que la tuberculosis también.

Por ende, la conclusión de este ensayo no va a distar mucho a la que llegó el autor mencionado

en el párrafo anterior. En el sentido, que esta novela no es sólo un ejemplo de la penetración del discurso positivista-higienista en la vida cotidiana de las sociedades modernas de principio de siglo (como había afirmado al principio), sino que también son concepciones de ver las enfermedades e idear sus respectivas intervenciones típicas que perduran hoy en día. Y retomando a Susan Sontag, más que con la tuberculosis, serían el SIDA y el cáncer las que en las últimas décadas se pusieron de “moda”.

De esta manera, creo que el positivismo no solo higienizó a la tuberculosis, sino a todas las enfermedades, otorgando a las generaciones futuras una manera particular de concebir a las afecciones de salud y a quienes las padecen.

Notas

-1- Esta producción escrita es el resultado del ensayo final que la materia “Intervención en lo social” demanda desde su estructura curricular. Ahora bien, el tema es producto de la inspiración que Alfredo Carballeda propició en sus teóricos de la materia a la hora de ejemplificar con películas y libros de la literatura clásica y moderna. Y la estructura libre y desestructurada se la debo, agradecidamente, a Constanza Canali, que nos incentivó a darle una oportunidad al formato ensayista. Por último realizo un agradecimiento personal a Yanina Caligaris (Licenciada en Letras) por propiciarme los libros “Boquitas Pintadas” y “Las Enfermedad y sus Metáforas”, y por ‘contagiarme’ su fanatismo por Manuel Puig.

-2- Quien oficia de escritor esta vez es un joven muchacho, Licenciado en Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, que en estos momentos se encuentra en el tramo final del Profesado en Ciencia Política dictado por la misma casa de estudios. Esta aclaración, que hace referencia a su disciplina académica, cobra relevancia para que el lector tome conciencia de que la temática abordada por la materia en la cual se inscribe este ensayo no se corresponde con las que habitualmente se codea un politólogo. Así que, a modo de excusa por adelantado, previendo errores conceptuales, ausencia de esquematización y carencia de profundidad analítica, se recomienda que estas líneas se tomen como una humilde aproximación, en un estilo más libre que el ensayo permite, de un intrépido o un desacertado valiente que se animó a escribir sobre un hueso troncal duro de roer del Trabajo Social, como lo es la intervención en la sociedad.

Bibliografía

Carballeda, Alfredo J.M. La Medicalización de la Vida Cotidiana como trasfondo de la Intervención Social. Una revisión del concepto de “determinantes del medio”. Edición N° 59. 2010

Carballeda, Alfredo J.M. Génesis del discurso de la acción social y la medicalización de la vida cotidiana. Edición N° 5 - abril '94.

Carballeda Alfredo J.M. Del desorden de los cuerpos al orden de la sociedad. Espacio Editorial. Buenos Aires. 2002. Cap. VII.

Puig Manuel. “Boquitas Pintadas”. Cuarta edición. Editorial Booket. Buenos Aires. 2005

Rivas Nicolás. –“Vivienda, conventillo y tango que me hiciste bien. De la Filantropía al higienismo Científico. Buenos Aires 1880–1920”. *Revista hologramática*. Universidad Nacional de

Lomas de Zamora. Rubén Canella. Editor. Lomas de Zamora. Argentina. ISSN: 1668-5024.

Sontag Susan. “Las enfermedades y sus metáforas”. Editorial DEBOLSILLO Contemporánea. Buenos Aires. 2012.

Terán, Oscar. Positivismo y Nación. Edit. Punto Sur. Bs. As. 1987.